

MEDIO AMBIENTE Y FE CRISTIANA

Sergio Silva G., ss.cc.

En nuestro tiempo se toma creciente y dolorosa conciencia de los problemas del medio ambiente. Como todo fenómeno cultural, el deterioro de nuestro entorno es un proceso complejo, difícilmente reductible a una sola causa unidireccional, mecánica. Sin embargo, en esta complejidad resaltan algunos factores que son propios de la cultura moderna. Quiero llamar la atención sobre dos de ellos, que se contraponen muy diametralmente a la propuesta de la fe cristiana.

1. El primero es el tipo de conocimiento científico desarrollado en la modernidad. Sin desconocer que las ciencias han hecho un impresionante aporte positivo desde su nacimiento en el siglo XVI hasta hoy, no podemos dejar de ver en ellas ciertos rasgos de unilateralidad. En efecto, se trata de un conocimiento dominador y, peor aun, literalmente irresponsable. Al decir esto, no pretendo acusar a los científicos individualmente ni en conjunto; estoy refiriéndome a rasgos objetivos del tipo de conocimiento científico moderno, no a las intenciones subjetivas de los científicos.

Que se trata de un conocimiento

orientado prioritariamente a dominar la naturaleza, a controlar sus procesos para ponerlos al servicio de los proyectos humanos, lo vieron ya dos de los grandes fundadores de la ciencia moderna en los comienzos del siglo XVII: Descartes, para quien el hombre debe hacerse amo y señor de la naturaleza, precisamente por medio de la ciencia, y Bacon, para quien el auténtico saber —que es el de la ciencia— es poder. No es, entonces, mera casualidad histórica el que la ciencia moderna se haya ido enredando cada vez más con la técnica — presente en ella no sólo como condición, en la forma de los instrumentos que hacen posible experimentar y medir los resultados de la experimentación, sino sobre todo como producto, que hace posible financiar los costos crecientes de la investigación— hasta llegar a constituir hoy un solo sistema científico-técnico, estrechamente relacionado con el sistema económico —orientado a dominar la naturaleza para convertirla en “recursos naturales” con los que hacer productos para vender en el mercado— y con el sistema político, orientado a controlar el mundo de los hombres y de la vida social internacional.

Este rasgo dominante, ya de suyo unilateral —pues deja fuera del conocimiento todos los aspectos no controlables de la realidad, como la belleza—, se refuerza y se agrava por el carácter irresponsable de la dominación científico-técnica de la realidad. Irresponsable en el sentido etimológico de no tener ante quien responder por sus acciones. Eliminado Dios por el método de la ciencia moderna —que sólo busca causas empíricamente constatables de fenómenos igualmente empíricos—, ésta se vuelve poderosísimo motor de una empresa de control incontrolable. De ahí, a mi juicio, la devastación y destrucción crecientes de nuestro entorno natural y el deterioro igualmente creciente de nuestro entorno humano y social.

En contraste con este tipo de conocimiento, la Sagrada Escritura nos propone otro modo de conocer, insinuado en el hecho de que usa el verbo “conocer” como metáfora de la relación sexual del varón y la mujer, relación que es la expresión cumbre del amor mutuo de dos seres que, compartiendo una misma naturaleza fundamental —la humana—, son sin embargo diferentes; pero en esta relación de conocimiento-amor la diferencia, en vez de ser vivida como un ataque o un cuestionamiento de la propia identidad, es la condición que hace posible la fecundidad: es diferencia que da origen a la vida nueva, pero también es compañía adecuada para el individuo que, de otro modo, queda solo. ¿Cómo conocer hoy la naturaleza, las personas y la sociedad en esta actitud de amor esponsal?

2. Un segundo factor que contribuye poderosamente a provocar los daños ambientales que estamos sufriendo, es la actitud que se ha hecho prevaleciente en la modernidad frente a la naturaleza: se trata de una actitud del hombre moderno, que se para ante el mundo como si éste fuera un objeto externo a él, totalmente manipulable, mera materia para sus construcciones y manejos. Es evidente que esta actitud hace que recibamos el mundo truncándolo; en efecto, esta actitud objetivante se nos vuelve lente que selecciona de la realidad sólo los aspectos objetivables (los que la ciencia moderna puede captar con sus métodos) y manipulables (gracias a las técnicas de base científica). La naturaleza ya no puede ser madre ni compañera. Incluso su belleza es aprisionada en las redes —cada vez más científico-técnicas— del turismo, y se vende como otro producto más de consumo.

En contraste con esta actitud, la Sagrada Escritura nos invita a recibir la naturaleza —la propia, la de los demás, la del mundo— como don gratuito del Dios que es Amor y que quiere hacer participar a otros —a muchos otros: galaxias, nidos de galaxias, redes de nidos de galaxias— del gozo de existir. Si nosotros y la naturaleza venimos del seno fecundo y de las manos amorosas del mismo Dios Trinidad, entonces somos hermanos, como admirablemente entendió y realizó Francisco de Asís. Gratuidad y fraternidad como actitudes básicas ante la naturaleza pueden llevarnos a vivir en perpetuo asombro agradecido ante el don de la existencia y su belleza.